



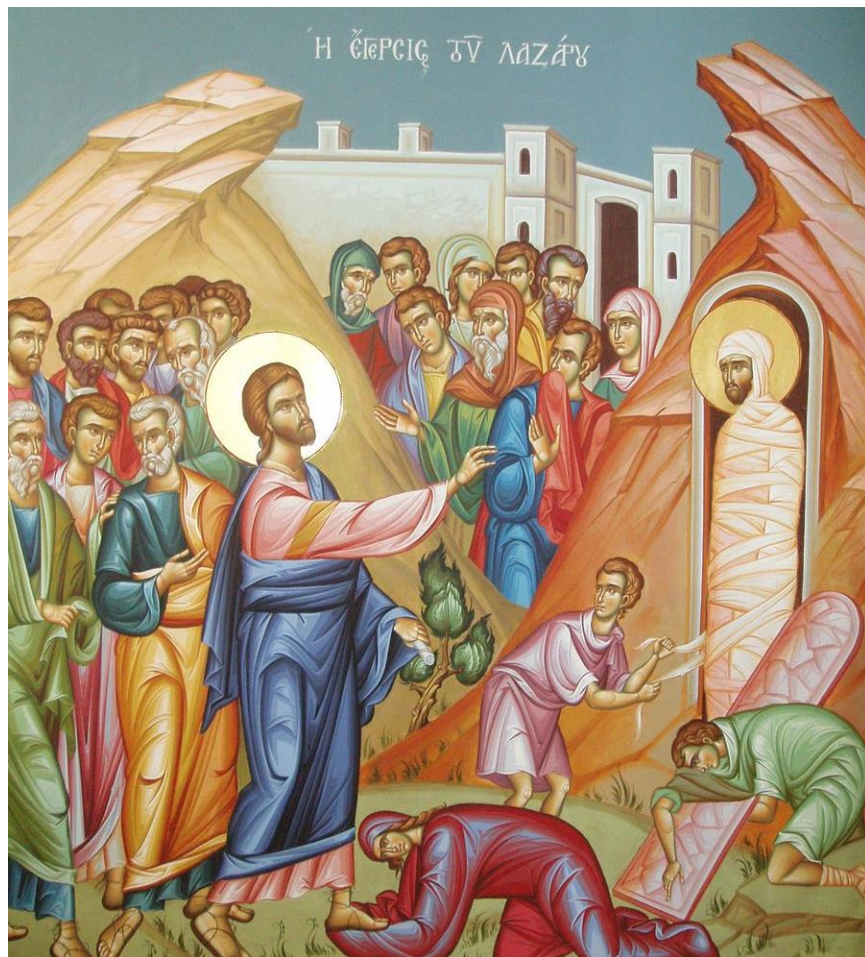
Instituto de Teología Ortodoxa San Ignacio de Antioquía

Sábado de Lázaro

"¿CREES QUE RESUCITARÁ?"

Juan 11:1-45

Metropolitano Anthony (Bloom) de Surozh



En el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Estamos en el umbral de la Semana Santa, pero en este umbral nos llena de una gran y gozosa esperanza la resurrección de Lázaro. El Señor es más fuerte que la muerte, el Señor la ha vencido; no solo en el sentido obvio en el que se manifiesta en la resurrección corporal de Lázaro, sino en otro sentido que nos concierne día a día aún más directamente.

Dios creó al hombre como amigo para sí mismo, y esta amistad se hace más estrecha y profunda con nuestro bautismo. Cada uno de nosotros es amigo de Dios, como se llamaba Lázaro, y en cada uno de nosotros vivió una vez este amigo de Dios; vivida por su amistad con Dios, vivida por la esperanza de que esta amistad se hiciera más profunda, más fuerte, más brillante. A veces esto fue en nuestra primera infancia, a veces más tarde, en nuestra juventud, pero en cada uno de nosotros vivió este amigo de Cristo. Y luego, en el proceso de vivir, como una flor se marchita, cuando las fuerzas de la vida, la esperanza, el gozo, la pureza disminuyen, así la fuerza del amigo del Señor disminuye, y muchas veces sentimos como si estuviera tendido como en un ataúd en algún lugar de nuestro interior. Ni siquiera podemos decir que está descansando, tenemos que decir que el amigo del Señor yace cuatro días muerto, golpeado por una muerte horrible, a cuyo ataúd sus hermanas temen acercarse porque su cuerpo ya se está descomponiendo.

A menudo nuestra alma se lamenta por este amigo, a menudo Marta y María se lamentan por él; ese lado del alma que por su vocación, en fuerza y capacidad, como María, es capaz de contemplar, de sentarse en silencio a los pies del Señor, escuchar cada palabra que da vida y volverse viva y trémula; y

el otro lado, que podría ser como Marta capaz de hacer la obra de Dios con inspiración, con verdad y pureza, podría ser, no un siervo preocupado, pero capaz de transformar las cosas más ordinarias con su amor y cuidado en el Reino de Dios, la manifestación del amor humano y divino. Y así estos dos elementos en nosotros, María y Marta, los poderes contemplativo y creativo, lloran la muerte de Lázaro, el amigo del Señor.



En ciertos momentos el Señor se nos acerca, y cuando lo vemos estamos listos para exclamar con Marta: Señor, ¿por qué no estabas aquí cuando se resolvía la lucha entre la vida y la muerte, el momento en que Lázaro aún estaba vivo aunque mortalmente? herido y podría haber sido retenido en esta vida. Si hubieras estado aquí, no habría muerto. Pero el Señor estuvo aquí, estuvo aquí todo el tiempo cuando nuestra alma estaba muriendo, y escuchamos sus palabras: ¿Crees que resucitará? Con Marta estamos listos para responder: Sí, Señor, en el último día. Pero Marta habló con tanta

esperanza. Ella dijo: "Siempre he creído, que tú eres el Señor y creo que resucitará en el último día. " Mientras que estamos de acuerdo con tristeza en que en el Último Día resucitará, pero solo cuando, como dice el Gran Canon, la Fiesta de la Vida haya terminado y sea demasiado tarde para lograr algo en la tierra, demasiado tarde para vivir en fe y la esperanza y el gozo del amor cada vez mayor. Pero el Señor da la misma respuesta a nuestra desesperanza que a su perfecta esperanza: Yo soy la Resurrección y la Vida, el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá.

Hay otro punto, Marta no sabía en ese momento que pocos días antes Cristo les había dicho a sus discípulos que Lázaro estaba enfermo de muerte, no sabía que le permitió morir para que resucitara enriquecido con una experiencia tan llena de la victoria de Dios. Dios que nada podría sacudirlo jamás, y por eso el Señor vino y le ordenó a Lázaro que se levantara de entre los muertos.

Aquí está la imagen para nosotros: en cada uno de nosotros Lázaro yace muerto, vencido y rodeado por nuestro dolor, a menudo sin esperanza. Pero la lectura del Evangelio justo antes de los días de la Pasión tiene este mensaje: "No temas, yo soy la Resurrección y la Vida. El amigo del Señor que está en ti, a quien consideras irrevocablemente muerto, puede resucitar a una sola palabra de mía, y ciertamente se levantará de nuevo". Así que entremos en los días de la Pasión con la esperanza, con la certeza de que vamos hacia la transición de lo temporal a lo eterno, de la muerte a la vida, de nuestra derrota a la victoria de Dios. Entremos en estos días de la Pasión con temor al saber cuánto nos ama el Señor y a qué precio nos da la vida. Entremos con esperanza y luz en nuestros corazones,

Sábado de Lázaro: Sermón del Arzobispo Andrei (Rymarenko)

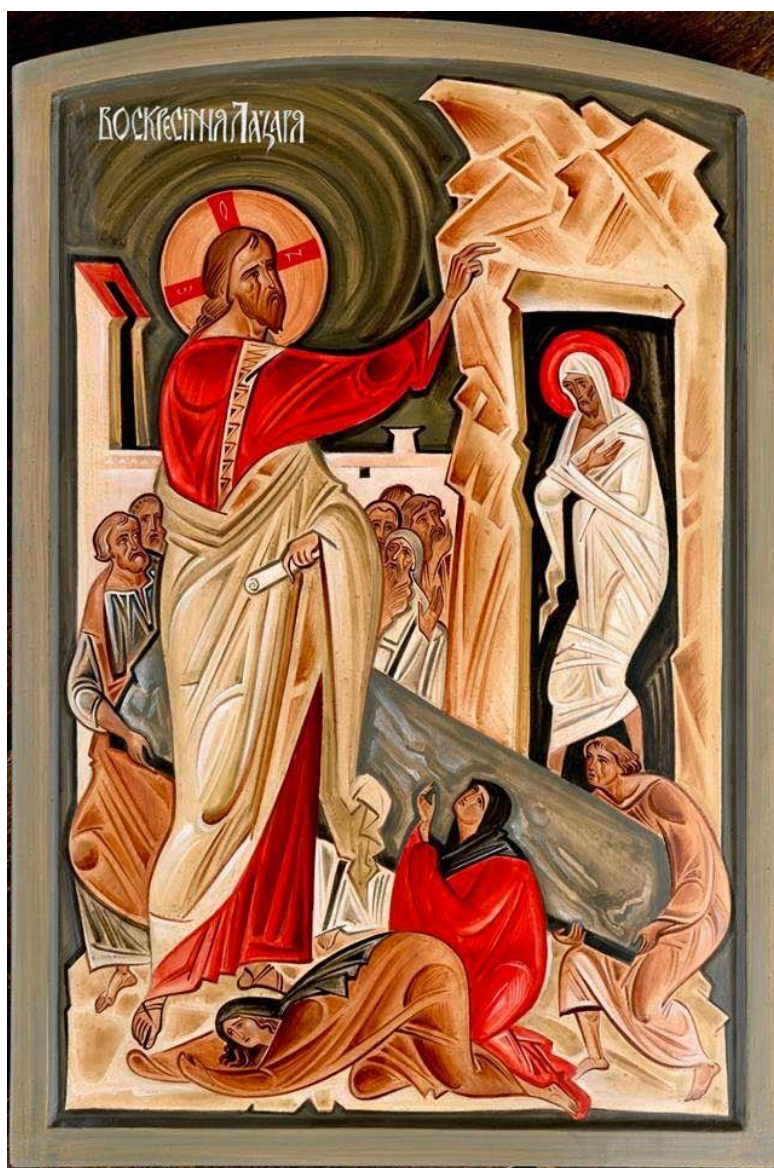
***“De la misma manera te clamamos, oh conquistador de la muerte:
Hosanna en las alturas, bendito el que viene en el nombre del Señor”
(Troparion (himno) cantado el sábado de Lázaro).***

¡Grande es este Día Santo, hermanos y hermanas! ¡Piensa en ello, "Conquistador de la muerte"! Ha habido muchos conquistadores en la historia de la humanidad: muchos médicos talentosos han conquistado muchas enfermedades, muchos líderes militares han conquistado ejércitos tremendos, incluso países enteros. Ha habido conquistadores del espacio como los inventores de automóviles, aviones; conquistadores de la distancia: los inventores del teléfono, el telégrafo, etc. Pero "Conquistador de la muerte", el mundo entero no conoce a nadie más que a Jesucristo. El solo. Incluso el llamado "mundo incrédulo" no puede mencionar otro nombre. Nadie entre las personas más prominentes jamás intentaría hacer tal afirmación. Pero Él es, fue y será: nuestro Salvador y nuestro Señor.

Durante su histórica vida evangelística, lo demostró en tres casos: la resurrección de la hija de Jairo, la resurrección del hijo de la viuda de Naín, y aquí en el Evangelio de hoy, la resurrección de Lázaro.

La muerte de la hija de Jairo fue reciente. Murió mientras Cristo y su padre iban hacia ella. Incluso Cristo lo llamó sueño; pero la gente “se rió de Él con desprecio, sabiendo que ella estaba muerta. Y él los echó a todos, la tomó de la mano y llamó, diciendo: ¡Sirvienta, levántate! Y su espíritu volvió, y se levantó en seguida; y mandó darle de comer” (Lc. 8: 53-55).

En el caso del hijo de la viuda de Naín, la muerte, aparentemente más fuerte, se impuso: el muerto ya había sido depositado en el féretro. Lo habían llevado no solo desde la casa, sino también a través de las puertas de la ciudad. Para tocar el féretro, el Señor tuvo que detener a los portadores. Y sólo entonces dijo: “Joven, a ti te digo, levántate. Y el que estaba muerto se incorporó y empezó a hablar. Y lo entregó a su madre” (Lc. 7: 14-15).



Y ahora Lázaro. La victoria de la muerte aquí fue definitiva, al cien por cien. Lázaro ya llevaba cuatro días en la tumba. Hubo llanto, pero nadie tenía ninguna esperanza de una resurrección instantánea. Incluso una de las hermanas del muerto le dijo al Señor: "Sé que resucitará en la resurrección en el último día". Incluso el Señor mismo, cuando "vio que ella lloraba, y que los judíos que la acompañaban también lloraban, gimió en espíritu y se turbó", y lloró. Finalmente dijo: "Quitad la piedra". Aquí, incluso la hermana del muerto no pudo contenerse y le dijo: "Señor, a esta hora apestaba, porque hace cuatro días que está muerto". Entonces la piedra fue removida de la tumba donde yacía el muerto, y Cristo clamó a gran voz: "¡Lázaro, sal fuera! Y salió el que había muerto, atado de pies y manos con mantos, y su rostro envuelto con una servilleta. Jesús les dijo: Suéltlenlo y déjenlo ir " (Jn. 11: 17-44).



Además de la muerte física, existe la muerte mental. La muerte física es visible para todos, pero la muerte mental generalmente no es perceptible para las personas. Solo lo siente la persona muerta. El obispo Teofano el Recluso habló mucho sobre esto. A veces sucede que un pensamiento pecaminoso llega a tu mente y despierta un sentimiento pecaminoso, pero el alma se atrapa y clama al Señor en arrepentimiento. Y el Señor, como con la hija de Jairo, como si extendiera Su mano y dijera: "¡Alma, levántate!" Y la vida volverá a su alegre fluir. Pero a veces sucede que no nos agarramos a tiempo y el pecado entra más profundamente en nuestra alma (como salir de la casa) y el resultado será la plena aceptación del pecado y la confusión.

Pero también aquí, por las oraciones de nuestra Madre, la Iglesia de Cristo, que clama ante el Señor por sus hijos, podemos ser alertados; y el Señor nos dirá como lo hizo con el hijo de la viuda de Naín: "Alma, a ti te digo, levántate". Esta es la salvación. Pero, ¿qué haremos si el pecado esclaviza completamente nuestra alma, como cubriéndola con una lápida? ¿Y así pasan los días y las pasiones comienzan a exudar su hedor pecaminoso, al igual que con Lázaro? ¿Qué debemos hacer entonces?



Bueno, entonces necesitamos la confesión, el sacramento que Cristo estableció después de su resurrección, cuando dijo a sus discípulos: "Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados" (Jn. 20: 22-23). . Vea cómo todo esto se refleja en la resurrección de Lázaro. Lázaro, por sí solo, no pudo salir de la tumba porque estaba bloqueada por una piedra. Ni siquiera podía caminar, porque estaba atado de pies y manos con vendas funerarias. Y aquí Cristo dijo a sus discípulos: "Suéltelo". En aplicación a nosotros, esto significa que el Señor ordena a nuestro clero, que hemos recibido en el Sacramento del Sacerdocio el don del Espíritu Santo, para desatar nuestros pecados. ¡Qué alegría! Y además: la muerte no es la causa sino solo el resultado, la consecuencia del pecado. Y Cristo es, ante todo, el Conquistador del pecado y luego, junto con él, el Conquistador de la muerte. Así que triunfemos: "¡Hosanna en las alturas!"

